

La feria de los días

I

Pocos exámenes tan difíciles como el de las relaciones entre los Estados Unidos e Iberoamérica. De uno y otro lado, la urdimbre de los factores emocionales y los intereses políticos obstruye la objetividad, almacena frases estereotipadas y entrega desplantes líricos en vez de conclusiones serenas.

II

The United States and Latin America,* libro que inspira el comentario presente, dista de constituir, a tal respecto una clara excepción. Ni se aparta por entero del prejuicio, ni enfrenta el problema en toda su vasta complejidad. Por cuanto, no obstante, las intenciones que lo mueven tienden a buscar un mejor entendimiento, y los autores que se congregan allí representan una actitud importante en la vida intelectual norteamericana, bien vale la pena aludir a estas páginas, más serias y menos gratuitas, en general, que otras muchas similares.

III

Se trata de una obra colectiva, recopilada por el célebre periodista del *New York Times* Herbert L. Matthews, quien también colabora con una breve introducción y un largo ensayo propio. Libro publicado originalmente en 1959, revisado en forma considerable en 1963, y el cual reúne cuatro textos de otros tantos autores relevantes en las filas de lo que ha dado en llamarse el "liberalismo" estadounidense.

IV

El estudio de Frank Tannenbaum, titulado "Hacia una apreciación de Latinoamérica", es quizá el más flojo del conjunto. Tannenbaum ha viajado por nuestros países; pero en lugar de aprender de la realidad, ha preferido supe-ditarla, en sus disquisiciones, a postulados inflexibles que nacen de su puro arbitrio, o del vago clima ideológico que lo nutre. Sus verdades son verdades a medias, que se quedan en la superficie; confunde los efectos con las causas; decide que los escollos residen en las insolubles ambivalencias del temperamento latino y en el aristocrático, trivial malhumor de nuestros intelectuales; y al final adopta por lema esta observación de uno de

sus interlocutores latinoamericanos: "Nuestras mayores dificultades se fundan en pequeñas cosas, en apariencia insignificantes." El asunto, al parecer, se reduce a una mera cuestión de protocolo.

V

K. H. Silvert, perito universitario, aborda "El cambio político en Latinoamérica". Sus análisis de nuestras instituciones, aunque incompletos y demasiado rápidos, revelan agudeza y no carecen de autocrítica pertinente. Lástima grande que, fascinado por el afán de sistematización teórica, se deje en el tintero la porción de responsabilidad que en los desasosiegos de nuestra vida pública ha tenido la práctica intervencionista, directa o indirecta, bien o mal intencionada, de los Estados Unidos.

VI

Cifras y cuadros documentan el panorama económico trazado por Reynold E. Carlson, delegado de la Ford Foundation en Brasil, quien, a través de esta selva de números, defiende la situación de los inversores estadounidenses, desaconseja la permanencia del mercado común iberoamericano, pondera instituciones como el Eximbank, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Interamericano; condena la inflación, trae a cuentas la injusta distribución de nuestro ingreso nacional, y, tras de admitir que las reformas solicitadas por la Alianza para el Progreso no serán llevadas a efecto y que tales programas tendrán que atenuarse (o aun abandonarse) si la Alianza ha de continuar, no parece encontrar, sin embargo, ninguna otra alternativa.

VII

Por su parte, Matthews, diestro en la polémica y consciente de que no es posible tapar el sol con un dedo, no evade cuestiones más espinosas. Pero tampoco olvida insinuar constantes disculpas. Si la ficticia revolución de Panamá contra Colombia, urdida por Teddy Roosevelt, fue "moralmente uno de los más desvergonzados incidentes en la historia de los Estados Unidos, práctica y estratégicamente constituyó una medida valiosa". Si las manipulaciones de Wilson en los asuntos mexicanos, entre 1913 y 1917,

"fueron los más escandalosos, inexcusables y fútiles ejemplos de intervencionismo", lo cierto es que México, en rigor, "era un vecino difícil y... los Estados Unidos se mostraron pacientes y tolerantes". Lázaro Cárdenas "provocó a los Estados Unidos" al nacionalizar el petróleo.

VIII

Matthews se muestra hostil a las dictaduras criollas; hace presente la unilateralidad de la Doctrina Monroe (que los diversos regímenes norteamericanos, de acuerdo con el propio Matthews, invocan sin cesar como dogma de fe, negando que las demás naciones del Continente puedan tener voz en relación con esta discutible convención); señala con justicia muchos errores latinoamericanos, que no deben ser atribuidos al influjo estadounidense. Al mismo tiempo, da por supuesta la virtual inocencia y rectitud de cuantos connacionales suyos invierten en nuestros territorios, callando las presiones que muchos de ellos ejercen en abuso de su poderío. Nada hay sobre las campañas de prensa que algunas de esas grandes empresas promueven contra cualquier intento de reforma social o contra la opinión independiente; nada sobre la indebida intervención de aquéllas en la política local. Además, para Matthews, la influencia de esos capitales dentro del gobierno estadounidense sería mínima y desatendible.

IX

En buena hora que Iberoamérica, lejos de lavarse las manos y achacarlo todo al "Coloso del Norte", emprenda un hondo examen de conciencia y asuma las culpas y correlativos deberes que le conciernen en la inmadurez de su vida social. En los Estados Unidos, nación cuya grandeza no hemos de poner en duda, abundan quienes, a lo largo de la historia, nos han enseñado la bondad noble y fundamental de la autocrítica. Por desgracia, los "liberales" cuyos esclarecimientos recoge *The United States and Latin America*, no se cuentan entre aquellos maestros, ni se diría que hubiesen aprovechado con lucidez tamañas lecciones; mal pueden, pues, brindárnoslas a nosotros.

—J. G. T.

* Prentice-Hall, Inc., Englewood Cliffs, N. J., 1963.